

EL SEMANAL

Nº 798 Del 9 al 15 de Febrero de 2003



UN DIA CON ARTURO PÉREZ-REVERTE EN EL TEMPLO DE LA LENGUA  
ACADÉMICOS DE BLUYÍN (Portada)

## BIENVENIDOS AL CLAN DE LOS “INMORTALES”

Arturo Pérez-Reverte y Antonio Muñoz Molina. “El Semanal” ya cuenta con dos académicos entre sus firmas. Forman parte del relevo generacional en una institución que defiende con gallardía sus tradiciones desde 1713. Les invitamos a dar un paseo por los secretos de la Academia.

### ARTURO PÉREZ-REVERTE

Cartagena (Murcia), 1951

Escritor, articulista de El Semanal

Silla “T”

“En español se dice Finisterre, no Fisterra”

“He venido a escuchar”. Pérez-Reverte prepara su discurso sobre el vocabulario de rufianes y busconas en el Siglo de Oro. Después de pronunciarlo guardará silencio. Claro que una cosa es atender a los sabios y otra dar estopa a los necios. Y para lo último la veda sigue abierta. “En español se dice Finisterre, no Fisterra, por mucho que se empeñen las televisiones en prescindir de este hermoso topónimo que proviene del latín Finis Tërrea”.

El sol se asoma a la calle Felipe IV de Madrid. Calienta poco, pero a fe que se agradece. Atrincerado hasta las solapas en un abrigo azul marino, el académico Pérez-Reverte pasea despacio. El gabán, de buen corte y mejor paño, bien pudiera alojar un florete o un Colt Doble Águila con cachas de nácar, pero en sus pliegues sólo oculta un móvil que no deja de sonar, mensajero de plácemes y palmaditas en el tímpano. Pues sí, a la primera. Y por aplastante mayoría. 26 votos de 30. Quién lo iba a decir ...

Tez curtida, barba escueta y corte de pelo a lo guardiamarina, el académico Pérez-Reverte se planta en mitad de la calle y contempla la noble fachada de la Academia. Cualquiera diría que se perfila para un duelo. Pero no. La mirada es larga, pero no retadora. Así sólo se mira a una novia con trenzas. O al hotel Holiday Inn después de todo un santo día tragando metralla en Sarajevo. Sonríe. Se acomoda la bufanda y reanuda su caminata en dirección el paseo del Prado. No puede pisar la docta casa hasta el día en que pronuncie su discurso de ingreso. Lo dicta la tradición. Y aquí la tradición manda romana.

Que Pérez-Reverte no pueda entrar mientras no haga los deberes no es impedimento para que los lectores de El Semanal echen un vistazo. El propio autor de La Reina del Sur dijo nada más conocer la noticia: “Mis lectores entrarán conmigo en la Academia”. Sirva este reportaje para que empiece a cumplir su palabra.

El flamante dueño de la “T” mayúscula va con la humildad por delante. “Nunca pretendí este honor. Es una sorpresa que no me esperaba. Me voy a tomar muy en serio la tarea porque esta institución es la referencia para 400 millones de hispanohablantes. No puedes tomártela a la ligera. Y más en un momento en el que se está jugando el futuro del castellano en el mundo. Es grave que un campesino colombiano use mejor el idioma que un universitario español”.

Voluntad y mucha mímica. El momento es tan crucial como el que siguió a las independencias de los países latinoamericanos en el siglo XIX, que no hicieron de su capa un sayo en cuestiones de gramática y ortografía, y adoptaron cada uno sus propias reglas, gracias al prestigio de la Academia. Sin ella, ahora nos entenderíamos con argentinos, ecuatorianos o

chilenos en la medida en que nos entendemos con italianos y portugueses. Con buena voluntad y mucha mímica ... Por cierto que un lector, parroquiano como Pérez-Reverte del café Gijón, le encomendó encarecidamente: “Que no le domestiquen, don Arturo”.



Pero el escritor cartagenero sabe que la Academia no es una casa que se pliegue a los mandatos de los poderosos. Nunca lo ha hecho. Ha capeado algunas épocas inclementes mal que bien. Pero ha salvaguardado su integridad y por eso han sobrevivido 290 años, que se dice pronto. “Los tienen bien puestos”, ¿Sabe lo que hicieron en la etapa más dura de la posguerra? Les guardaron los sillones a los académicos exiliados”. Pérez-Reverte habla con admiración. Franco quiso aherrojar la Academia colocando a poetastros afectos al Régimen. Como no pudo, la asfixió retirándole los ingresos por los libros de texto. Sólo le faltó mandar a la

Legión a ocupar sus bibliotecas al grito de «¡ Muera la cultura! ». Los académicos se fajaron para defender su independencia y no permitieron que se corrompiera una institución que se remonta a 1713. El edificio se caía a trozos, pero en su interior se siguió redactando fichas, fatigando incunables, fijando, limpiando y dando esplendor entre las goteras. Madariaga regresó del exilio en 1976, ¡y tomó posesión del sillón 'M' mayúscula, que le reservaban desde 1936, con 90 años!

Tradición y tecnología punta. El edificio se ha remodelado a fondo. Y más profunda ha sido la renovación tecnológica de los departamentos. Pero es interesante comprobar que las liturgias permanecen, que los académicos siguen colgando sus abrigo en el viejo perchero, que el pleno de los jueves lo prologa la merienda en la Sala de las Pastas, que en las comisiones se consulta el Diccionario de Autoridades y se maneja el ordenador portátil... Se sigue estirando hasta el último céntimo, viviendo de las magras subvenciones pública las cuotas de los benefactores privados (desde 60 euros y las ventas de los diccionarios. Se colabora más que nunca con las academias hispanoamericanas. Se estrechan lazos con gallegos, vascos y catalanes. Las viejas fichas de papel de hilo, plagadas de tachaduras, van sustituyendo por potentes programas informáticos. Una consulta que precisaba meses de roer archivos ahora se resuelve en diez minutos. En fin, conviven la vanguardia y la continuidad.

Las plantas nobles donde los 39 académicos tienen bula de la Inquisición para consultar libros prohibidos (¡aquí está la primera edición de la Enciclopedia francesa!) dan prestigio a las oficinas donde se baten el cobre filólogos de infantería. El personal del banco de datos anda embelesado con un locutor argentino que canta goles 'maradonianos'. Los lingüistas computacionales le hacen la autopsia a palabras como 'fletan', que estaba en boca de todos y ahora se extingue por falta de uso. Una comisión de lexicógrafos le abre la puerta a 'punterazo', rescatada del patio colegial a la hora del recreo. Y los encargados de atender el consultorio de dudas se la cierran a 'repcionar', innecesaria porque 'recibir' se basta solita. Atento a la actualidad, el personal husmea la raíz caribeña de 'chapapote', que procede de la voz nahua chapopodi. O acompaña en el sentimiento a García Márquez por no lograr que 'condoliente' acabe en el Diccionario.

Isabel, la ordenanza de siempre, que se desvive con los académicos más veteranos, se descompone con cada fallecimiento. La institución lleva una racha nefasta: diez vacantes en lo que va de siglo. Las altas se sopesan teniendo en cuenta una doble responsabilidad: apuntalar el relevo generacional y mantener el delicado equilibrio entre escritores y lingüistas, entre creadores y eruditos. Hay científicos, abogados, economistas, poetas, dramaturgos, ensayistas, militares, historiadores, filósofos... Cada rama del saber necesita un experto capaz de tamizar su vocabulario.

Cuatro bibliotecas y un tesoro. Entrar en la Academia es como penetrar en la cámara acorazada de un banco. No hay divisas ni lingotes de oro. Pero las 88.000 entradas del Diccionario y los 300 millones de registros que tendrá pronto la base de datos (hay vestigios digitalizados de que ya se hablaba castellano en el año 800, siglo y medio antes de las glosas de San Millán) son un tesoro. No obstante, sus cuatro bibliotecas están abiertas a los estudiosos, sin las trabas de otros archivos y centros de saber.

Antonio Muñoz Molina, el académico más joven, resume bien el ambiente que se respira en este 'parlamento' del idioma. «Es un honor que te elijan. Un honor que trae consigo responsabilidades. Eres libre de ejercer o no como académico. Pero uno da su consentimiento para que le propongan como candidato. Y si eres consecuente, aquí vienes a trabajar.»